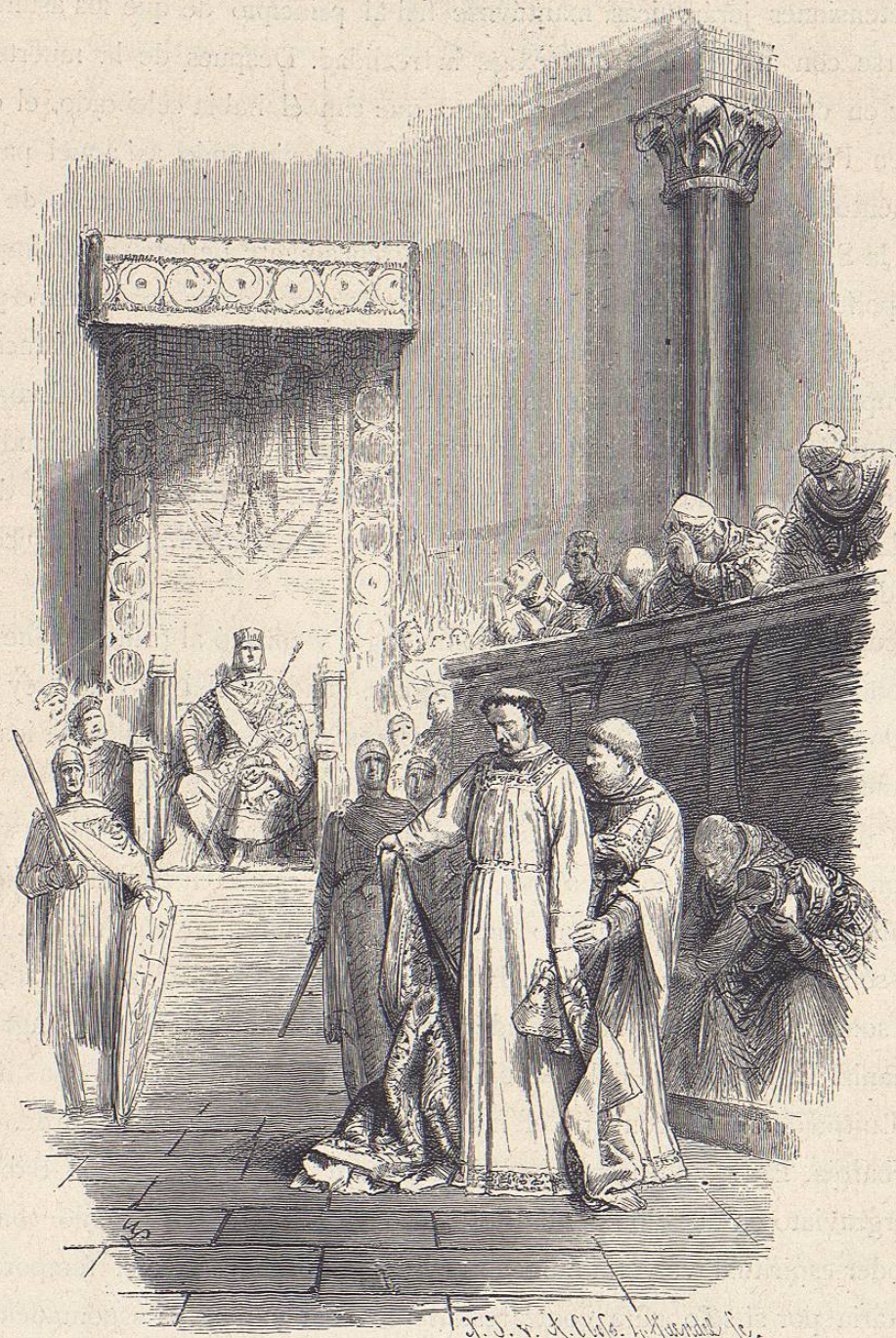
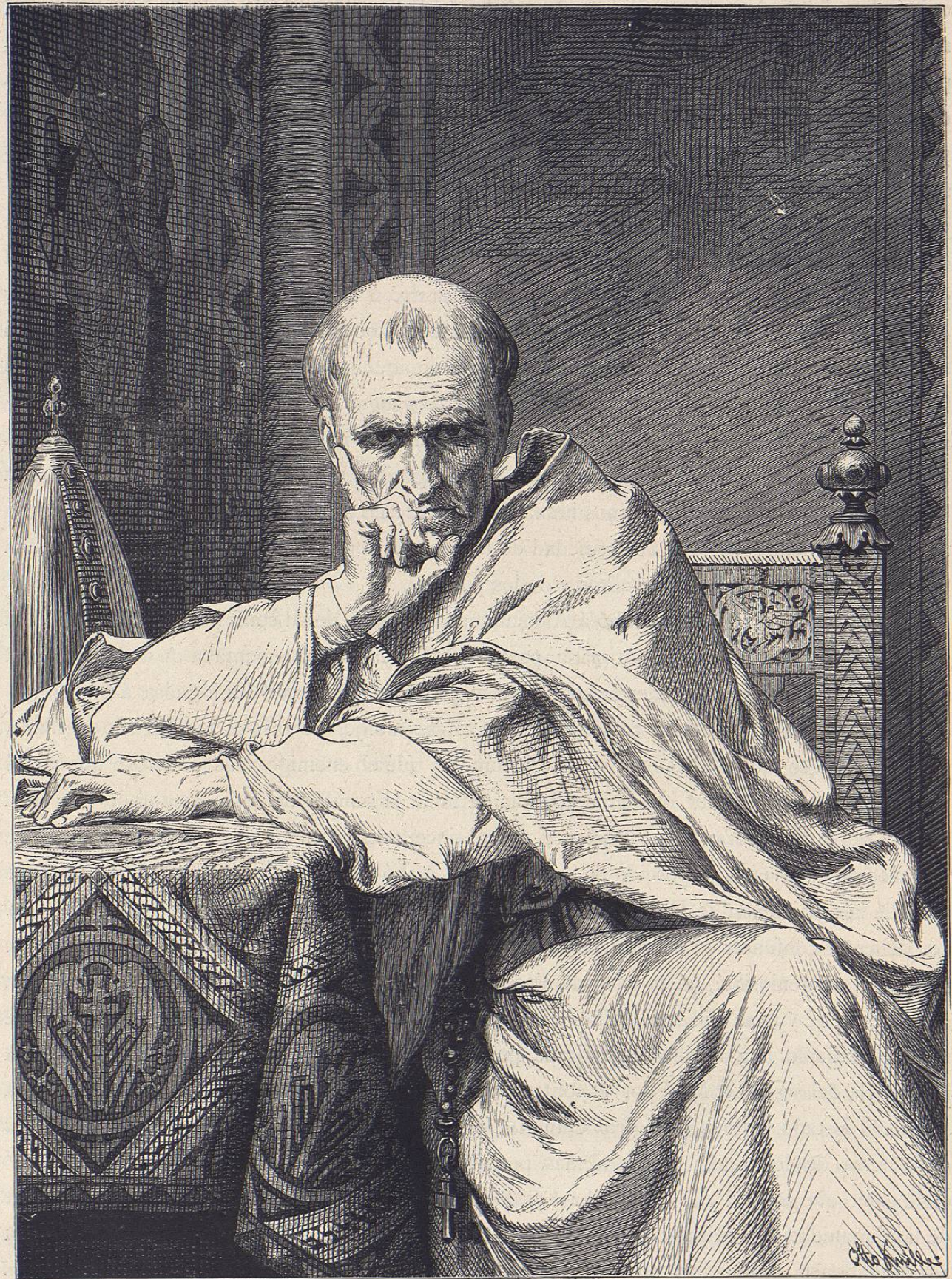


antiguo derecho germano de batirse en duelo, es decir el derecho de la fuerza, del cual no se permitió ya hacer uso sino tres días á la semana. En la noche del miércoles, las campanas debían anunciar el principio de la paz de Dios, y desde entonces hasta la mañana del lunes no se debía provocar ningún desafío ni trabarse riña alguna. Precisamente el afán con que Enri-



SÍNODO DE SUTRI

que III protegía estas y otras ideas de reforma, emanadas entonces de la Iglesia, ó por lo ménos de alguna de sus instituciones, arraigó en el emperador la convicción de que era el supremo soberano y protector del cristianismo; y como tal procedió para con el papismo. Con motivo de la expedición que en 1046 emprendió á Roma, á la edad de treinta años, usó con justicia y severidad de su derecho de sumo árbitro, destituyendo á los tres papas cismáticos, Silvestre III, Benedicto IX y Gregorio VI, que habían entablado litigio escandaloso para ocupar el solio pontificio. La destitución se efectuó el 20 de diciembre del citado año en Sutri,



GREGORIO VII

donde por mandato de Enrique se había reunido un gran sínodo de obispos alemanes é italianos. El rey, pues Enrique no se hizo coronar emperador hasta cinco días más tarde, es decir, por Navidad, en la Basílica de San Pedro en Roma, asistió á los debates. De los tres papas á

quienes se citó para justificarse de la acusación de haber llegado á la sede de San Pedro por medio de compra (simonía), sólo se presentaron Silvestre y Gregorio, y este último hasta presidió la asamblea. Después de haberse fallado la destitución de Silvestre y su reclusión en un convento (Benedicto fué destituido algunos días más tarde en Roma), Gregorio se levantó, y dirigiéndose al sínodo hizo la siguiente declaración: «Yo, el obispo Gregorio, servidor de los servidores de Dios, confieso que por la compra punible y por la herejía simoniaca, que me elevaron al rango de papa, debo ser destituido del obispado romano. ¿Es también esta vuestra opinión?»—«Sí!» contestó la asamblea. Y el destituido, bajando del trono, rompió su vestidura pontificia en señal de obediencia. Enrique le desterró á Alemania, nombrando en su lugar «representante de Cristo» á un alemán, el excelente obispo Snidger de Bamberg, quien tomó el nombre de Clemente II. En diciembre de 1046, en aquellos días en que tales sucesos tenían lugar, el imperio romano-germánico había llegado al apogeo de su poderío y de su esplendor, pues tres papas á la vez se humillaron ante él. El contraste no debió hacerse esperar mucho: á Enrique III siguió Enrique IV; á Gregorio VI, Gregorio VII, y á Sutri, Canossa. Lo triste, á la par que consolador de los destinos humanos es su eterno cambio, porque sólo la inconstancia de la suerte puede preservar á la sociedad de las locuras, ó por lo ménos de los extravíos de la presuntuosa grandeza de los hombres y de los pueblos.

El destituido Gregorio marchó á Alemania acompañado de su confesor, hombre de escasa estatura, de feas facciones y voz atiplada; pero en aquel débil cuerpo alentaba un alma de hierro, uno de aquellos espíritus predestinados, cuyo vigoroso pensamiento les impulsa á la dominación y cuyo genio caracteriza toda una época. Este monje, de origen longobardo-germano, y cuyo primitivo nombre alemán era Hildebrando, fué el enemigo más poderoso que jamás tuvo nuestro pueblo, tanto, que aún hoy día germina la semilla del odio sembrado por él en nuestra tierra. Hildebrando, no obstante, creyó sinceramente en su ideal, en la posibilidad de una teocracia universal, y poseído de ardiente celo, luchó hasta su última hora por realizar ese ideal de la dominación de Dios sobre la tierra, cuyo representante autocrático debía ser el papa. No debemos confundir de consiguiente á este hombre con sacerdotes adocenados y ambiciosos, pues, por su genio, fué, en su afán dominador, muy superior á los que se dejan llevar por un sentimiento de vulgar egoísmo. Hijo de su tiempo, no pudo, sin embargo, hacerse cargo de que su ideal era sólo una ilusión engendrada por un delirio de grandeza que contrastaba con la ignorancia del siglo XI. Muy por el contrario, al concebir su colosal proyecto de anteponer la Iglesia al Estado, erigiendo lógicamente al jefe de aquella en soberano de todos los soberanos de la tierra, desde el más grande al más pequeño, todo cuanto veía á su alrededor debió parecerle como que asentía y le impulsaba á realizar sus planes. Probablemente se creyó vengador de la humanidad martirizada por la tiranía feudal, pues no se puede ménos de reconocer una ligera tendencia democrática en el modo de proceder de aquel monje longobardo, hijo de unos labradores de Roavaco. Por lo pronto sabemos que de todos los demás Estados, su favorito era la joven república de Venecia, á la cual admiraba y apreciaba, si es posible que pudiera amar y admirar algo que no fuera su propia ilusión. En su calidad de compañero de Gregorio VI estudió en los palacios imperiales de Spira, Worms, Colonia y Aquisgran la índole del pueblo alemán, recogiendo en esta sociedad sus ideas acerca del carácter de los grandes de Alemania, á quienes

más tarde supo utilizar con la mayor destreza. Así como Enrique III, abrigaba la convicción de que la reforma monacal nacida en Cluny podía y debía convertirse en una norma moral para todo el cristianismo; y no cabe duda que Hildebrando fué un verdadero asceta, pero en el monje se había identificado de tal modo el político, que debemos considerarle como tipo de un teócrata, á cuyo extremo no alcanzó después ningún otro pontífice. El sacerdocio personificó en él toda su gloria.

Cardenal-subdiácono bajo Leon IX, durante el pontificado de éste y el de su sucesor, Víctor II, dirigió la política de la curia romana. La prematura muerte del gran emperador (1056) señaló la aparición de la estrella de Hildebrando. Sólo él, en su sentir, podía llenar el vacío que la muerte del poderoso *imperator* había dejado en el mundo. Por otra parte, este acontecimiento le ofrecía la más favorable ocasión para realizar su ideal. Los principios de justicia y de orden habían comenzado á relajarse completamente en Alemania y en Italia al desaparecer de la escena de la historia el poderoso dominador, cuyo trono había sido ocupado por un niño mal educado y peor aconsejado, que los partidos se disputaban entre sí. Hildebrando creyó conveniente seguir dirigiendo entre bastidores los grandes actos políticos de la tragi-comedia universal; y animado por esta idea dió al orbe católico á principios de 1059, en la persona de Nicolás II, un papa hechura suya. Al propio tiempo introdujo la importante innovación de conferir al colegio cardenalicio el derecho de elección de papa, derecho que hasta entonces habían ejercido el clero, la nobleza y el pueblo romano. Conservóse aún teóricamente para el emperador el derecho de sanción, pero en realidad era casi nulo, según lo demostró claramente la elección de Alejandro II, hecha sin consideración alguna á la corte imperial, después de la muerte de Nicolás II. Bajo los dos citados papas, el ministro preparó también otra arma poderosísima para la lucha del sacerdocio con el imperio, lucha esperada y ansiada por él, y para la que supo excitar los sentimientos nacionales de los italianos contra el imperio alemán. La política eclesiástica dióse buena maña en todos tiempos para encubrir bajo un disfraz patriótico el despotismo universal, cuando así convenía á sus intereses. Después de la muerte de Alejandro II, Hildebrando creyó llegada la hora de presentarse en escena y de ser con derecho, lo que ya era de hecho hacía mucho tiempo; y en 29 de junio de 1073 fué solemnemente elegido y coronado papa en la iglesia de San Pedro con el nombre de Gregorio VII.

A los hombres que saben apreciar, ó mejor dicho, menospreciar las cosas humanas, compláceteles admirar el genio superior con que Gregorio VII sostuvo la gran lucha contra el rey de los alemanes Enrique IV, niño frívolo primero, joven apasionado después, envejecido por amargos sinsabores, y ensalzado sólo más tarde por la desgracia. Admírase la maestría con que Hildebrando condujo la Iglesia, perfectamente organizada y unida sobre la base de las reformas ascéticas de Cluny, para empeñar la lid contra el Estado feudal alemán, rudo, separatista y desunido. Aunque no ignoraba que podría exigir las cosas más monstruosas de la estúpida credulidad de las masas y de la necia superstición de las clases dominantes, y por más que estuviese bien convencido de la eficacia de sus medios espirituales, es decir de la excomunión y el interdicto, el papa tuvo muy buen cuidado de organizar una retaguardia de fuerzas temporales para la lucha. De aquí nacieron sus relaciones con la gran margravesa Matilde de Toscana, con el rey de los normandos de la Italia inferior, Roberto Guiscardo, con las ciudades de